

«**H**AN puesto una bomba en Rotterdam». Es casi la primera noticia que leo en la prensa española a mi regreso de Amsterdam. He estado cerca de este hecho, se me ha escapado por minutos, tal vez se producía mientras en el vuelo de regreso hacía balance de mi segunda visión de Holanda y trataba de separar los ingredientes que mixtifican la lectura que cualquier español puede hacer de un país que no es el suyo. Estuve en Holanda por primera vez en 1971, con motivo de uno de los Congresos Anuales de Poesía Internacional organizado por el Ayuntamiento de Rotterdam. La crónica de aquel viaje se quedó en la carpeta de los materiales muertos por la suspensión de TRIUNFO, en junio de 1971. Fue un viaje al menos aleccionador. En cuestión de días salté del barrio almeriense de La Chanca a la Rotterdam brutalmente capitalista, rica y libre, para volver finalmente a Madrid, donde me esperaban todas nuestras evidencias coyunturales: la suspensión de TRIUNFO, por ejemplo.

Hace poco más de un año volví de Holanda con La Chanca en la retaguardia de mi espíritu, y Madrid como objetivo inmediato. Había formado parte de un «show» cultural sorprendente, leyendo poemas que hablaban de mi historia de isleño. Había leído poemas de otro mundo, contrapunteados por la civilizada ironía de los poetas ingleses u holandeses, por el primitivismo gutural de un poeta indonesio, el experimentalismo «a trois» de Sanguinetti, la verborrea treintañera de Neruda, plato fuerte del Congreso, no bien deslindados sus márgenes de embajador en París, sus márgenes de poeta mito. A mí me hizo mucha gracia que Neruda, con su borbónica distancia a cuetas, recitara las doloridas grandezas del pueblo amerindio. El Machu-Pichu recitado en El Dolen de Rotterdam, ante cuatrocientos o quinientos culturalizados de la ciudad, me parecía una especie de centollo en lata servido por un «maltre» algo arruinado por un exceso de comida simbólica, por un exceso de chaqué diplomático.

Mis poemas hablaban de una historia colectiva y personal frustrada. Llevaba a cuetas esa piedra enorme de los personajes de Chumy-Chúmez. Esa piedra con la que cada español contribuye a edificar su Escorial. Y la verdad sea dicha yo no sabía dónde dejar aquella piedra en aquel paisaje holandés tan verde, tan de re-

AMSTERDAM: CAPITALISMO Y ANARQUISMO

gadio, con las ciudades evocadoras, ricas, libres. Mi piedra me parecía una obscenidad bárbara en el contexto de un país tan rico, tan rico que puede permitirse una democracia liberal prácticamente sin límites. Y volví con mi piedra, sin que nadie se percatase en la Aduana, tal vez porque este tipo de piedras se han convertido en anatomía misma.

El talante de esta segunda vuelta es prácticamente el mismo. Si en el primer viaje había pateado sañudamente Rotterdam y entrevisto La Haya, Amsterdam, Leyden o Harlem, en este segundo me he especializado en Amsterdam, la ciudad situada más al Sur del Norte. Es decir, la ciudad que prelude el tono vital e histórico de la fría cabeza de Europa.

El pletrónico encanto de la burguesía

Si uno visita el Rijksmuseum de Amsterdam y se detiene con parsimonia ante los cuadros de Hals, Vermeer o Rembrandt, incluso ante los cuadros de pintores convencionalmente admitidos como menores, llega un momento en que capta la historia y la sociología misma de los Países Bajos. Aquellos burgueses de los siglos XVI y XVII están ahí, en la pintura de aquellos maestros, protagonizando ya la Historia con sus cuerpos bien alimentados, con su vitalismo irresistible, con su fuerza de clase ascendente. Esos burgueses fuertes, toscos, en ocasiones maltratados por la hipersensible sinceridad del pintor, realizaron una de las primeras revoluciones de nuestro tiempo; se sacudieron de encima el teológico imperialismo español, se apuntaron a la carta de la libertad de comercio y navegación, construyeron un sólido imperio colonial y con ello sentaron las bases de un desarrollo capitalista bien arraigado.

El impulso de la burguesía comercial y financiera se unió con el desarrollo de una agricultura superracionalizada, porque ya nacía difícilmente, ya partía de una

reconquista del suelo al imperio de las aguas del mar y de la tierra. Riqueza agrícola, expansión comercial, desarrollo industrial, todas estas condiciones han hecho posible esta Holanda actual supercapitalista en su economía, tradicionalista en sus relaciones sociales e interpersonales, anarquista en el ejercicio de la libertad individual. Algunos españoles que llevan aquí algún tiempo engrosando la plus valía de la Philips o de cualquier otra superindustria, me hablan de un país tremendamente aburrido. Yo más bien diría apaciblemente aburrido.

Puede resultar aburrido un país donde las contradicciones sociales existen, pero en sordina. En esa sordina provocada por una previsión social bastante bien montada, que concede jubilaciones de quince mil pesetas al mes y subsidios de paro equivalentes. Un país en el que ser estudiante o productor cultural es una bico, donde lo que aquí consideramos excepcionales becas de fundaciones próceres son allí pan cultural de cada día. Dos millones de vacas avalan esta seguridad social. Dos millones de vacas, empresas competitivas a nivel mundial, como la Royal Dutch o la Philips, una seria presión demográfica (379 habitantes/kilómetro cuadrado), la segunda tasa de crecimiento del Mercado Común después de Alemania. Holanda es el país del Mercado Común que más gasta en educación, un 6,71 por 100 del producto nacional bruto, y se mantiene en la punta de cabeza del consumo de masa media, sólo superada por Alemania y Gran Bretaña.

Trescientos años de dominio burgués han creado una conciencia social en la que la rentabilidad y el dinero tienen una importancia poco ocultada. Un detalle sintomático: en el transcurso de un «tour» en autocar por las localidades que median entre Amsterdam y Rotterdam, la azafata utilizó doce veces la expresión **cuesta mucho dinero** para avalar un montón de cosas, desde los diques hasta la cerámica de Delft.

Y es que el paisaje holandés cuesta mucho dinero. Cada una de las piedras empleadas para formar un dique cuesta mucho dinero. Las bombas hidráulicas, que ya en el siglo pasado se aplicaron a desecar los «polders», han costado mucho dinero. El espíritu burgués se ha hecho carne holandesa y por aquí se dice que los hombres holandeses suelen casarse con chicas feas porque gastan menos dinero.

El precio es en Holanda un índice exacto de valor. Por ejemplo: si usted quiere ver una sesión de **life sex** no pierda el tiempo entrando en un local por dieciocho florines, error que cometió un servidor en 1971. Vaya a un local donde la entrada le cueste unos setenta y cinco florines y verá **life sex** casi, casi a la altura de Copenhague. El precio en este país lo quiere decir casi todo, y se sabe, se mama desde la cuna, que todo es lo que vale.

¿La tranquilidad también? Indudablemente. Una política fiscal bastante seria asegura una asistencia social y educativa, que hasta ahora garantiza la impermeabilidad entre las clases sociales. Un sustancioso fondo para las fuerzas de seguridad asegura su eficacia amable y distante. Amsterdam está lleno de cuarteles de Policía, pero no ves un policía en la calle. Hay más policías disfrazados de «hippies» o de obreros que vestidos de uniforme. La tranquilidad pública cuesta erario público y un elevado nivel de talento teatral.

La gente es la traducción misma de esta omnipresente tranquilidad. Hay una amabilidad a flor de piel, de la que sólo han conseguido prescindir los taxistas. Esa amabilidad impregna incluso el trato con los inmigrantes sociales. No hay segregación a simple vista y los holandeses parecen haber acogido con cierto agrado a los españoles, griegos, turcos e italianos que les hacen los trabajos más duros y peor pagados. Ni siquiera la presencia de esa encarnación de la Europa dura han conseguido apestar a los holandeses de los tópicos históricos. Por ejemplo, ante la adivinación de que un servidor era español, así como sus acompañantes, un barman se puso a bailar zapateado y a gritar: «Torero, temperamento...». Parece increíble, pero es verdad. Hay, eso sí, una cierta conmiseración hacia los europeos desheredados, una conmiseración presente en toda la Europa industrializada. Pero lo que en Alemania o Suiza ha llegado a conver-



M. VAZQUEZ MONTALBAN

tirse en racismo, en Holanda se ha traducido en un suave paternalismo que provoca blandas sonrisas y un tono de voz bastante cariñoso.

Tradición y libertad

Es este un pueblo tradicionalista. Se nota en su portentoso esfuerzo de conservación del pasado. Sólo en Amsterdam hay más de veinticinco museos importantes, llenos de gente, gordos, lustrosos, bien cuidados. Museos dedicados al trópico, herencia de una

curiosidad imperial; dedicados al esplendor pictórico de los siglos XVI y XVII, a la Historia de la ciudad, al teatro, a las figuras de cera de Mme. Tussaud, a los diamantes, a la repostería, al tabaco, incluso a la infeliz niña Ana Frank, símbolo de los sufrimientos del pueblo holandés y del pueblo judío bajo la ocupación nazi. A los holandeses les ha quedado un auténtico rencor hacia los alemanes. Tal vez se deba a que la invasión y la ocupación alemana sorprendió a un pueblo bastante germanófilo. Durante la Olimpiada de Amsterdam, terminada la primera guerra mundial, los ho-

landeses manifestaron su indignación porque Alemania había sido excluida. Hasta el portero del estadio ponía inconvenientes para que se entrenaran los equipos de las naciones vencedoras. Tantos inconvenientes puso, que el general McArthur, entonces jefe de la delegación norteamericana, ordenó al chófer del autocar que arremetiera contra las puertas del estadio y se las llevara por delante.

No sólo los museos y la buena memoria (los holandeses recuerdan muy bien la guerra de ochenta años para sacudirse el dominio español) son indicativos del tra-

dicionalismo de este país. Hay pruebas palpables en la conservación de las ciudades. Amsterdam es en este aspecto una ciudad prodigiosa, donde no se ha tocado ni una piedra, ni una madera importante de su pasado, donde los barrios nuevos conservan un ritmo visual prolongado del ritmo visual de una ciudad que parece haber permanecido mágicamente intocada desde el siglo XVII. Amsterdam es una ciudad construida en torno a la red de canales y las casas se hunden como en Venecia. Por doquier hay apuntalamientos, por doquier hay fechas en metal bruñido sobre las fachadas que legitiman la antigüedad del paisaje urbano. Gris, malva, verde; Amsterdam es un maravilloso recorrido visual, en el que el agua de los canales cumple una función relajante.

No hay más que ver el «barrio chino», o lo que en Barcelona llamamos «barrio chino». En Amsterdam se llama el barrio de las «Luces Rojas», y es un apacible, arbolado, acuático, rincón para pecados tranquilos. Las señoras aparecen en los escaparates de las plantas de las casas, coloreadas por luces rojas o verdes, ornamentadas por los árboles y los canales. Sex shops, museos del sexo, establecimientos de life sex, transeúntes que van a ver o a actuar y, sin embargo, casi nunca pasa nada. Allí sí aparece la Policía, pero en coche. Los que dan la cara represiva son los miembros del Ejército de Salvación. Parece un tópico, pero en la noche de mi sábado en Amsterdam una patrulla del Ejército de Salvación se situó en el barrio de las «Luces Rojas», en su punto más concurrido, y se empeñó en recordar a los transeúntes que se exponían al fuego eterno.

La tolerancia sexual es tal vez una de las claves de que Holanda conserve un magnífico porcentaje de familias unidas. A uno le da la impresión de que las señoras de los escaparates están subvencionadas por el Ayuntamiento, porque se las ve mucho más en la ventana que ejerciendo su antiguo oficio con las cortinas echadas. También parece como si la prosperidad de las sex shops o de la industria del «porno» en general dependiera casi exclusivamente del turismo o de los ahorros malgastados de los inmigrantes. Las organizaciones de izquierda critican tan duramente como las de derecha la «permisión» gubernamental hacia la industria del «porno». Ven esta permisión



**SEA QUIEN SEA
TIENE SU PARKER**



Maravillosos juegos
de pluma y bolígrafo

**Quando el cariño,
se expresa con PARKER**
El regalo deseado

*El espera una PARKER,
sabe que usted le tiene reservado
lo que más íntimamente prefiere.
No le defraude, hágale feliz con PARKER.*



PARKER las plumas más deseadas del mundo

AMSTERDAM: CAPITALISMO Y ANARQUISMO

como una trampa integradora. Pero al extranjero le parece que el indígena de este país se integra más por las tapas de pescado crudo con cebolla o por la Seguridad Social o por las convenciones de juego político liberal que porque se le permita comprarse chucherías en las *sex shops* o contemplar en sus cueros a dega n a d o s profesionales del erotismo.

Es curioso, pero por una de las principales calles de «Luces Rojas» volví a ver ahora al protagonista de un hecho que me reveló la posibilidad de que bajo tanta tranquilidad se escondiera una reprimida violencia. Mi única noche en Amsterdam en 1971 coincidió con la final de la Copa Europea entre el Ajax y el Panatinaikos. La final se disputaba en Londres y todo el barrio de «Luces Rojas» seguía el partido a través de la televisión en color. Lo seguía yo también en una vieja taberna (de las muchas que Holanda conserva con un respeto sagrado), sumergido en el mismo mar de cerveza que ahogaba a todos los reunidos. De pronto entró mi repetido borracho. Una auténtica estampa de la marginación, la suciedad y el asco por uno mismo y los demás. El borracho empezó a cachondearse del partido y a la cuarta broma fue cogido por las solapas por el dueño del local, arrastrado hasta la calle y arrojado contra la acera, donde permaneció hasta que le perdí de vista, una hora después, rodeado por el clamor de una ciudad súbitamente frenética por la victoria del Ajax.

Los paraísos controlados

Una de las mecas turísticas de Amsterdam es el «Paradiso». Se trata de una vieja iglesia comprada por el Ayuntamiento de Amsterdam y entregada a los jóvenes como centro de reunión. Los jóvenes han coloreado la iglesia y la han convertido en un centro de comunicación, donde se fuma droga, se escucha música sincronizada por extrañas impresiones plástico-electrónicas, se dibuja, se pinta, se bebe, se proyectan viejas películas, se vende vestuario «hippy», se dormita, se mira, se huele mal. El «Paradiso» puede ser considerado como uno de los más importantes simulacros de libertad del mundo o como las Cuevas del Drach de Amsterdam, según se mire.

Se paga por la entrada unas noventa pesetas, y ante los ojos del provinciano europeo empieza a moverse un perezoso paisaje de juventud disfrazada de convoy en marcha hacia el Nepal. Lo que sorprende más es que toda esta juventud que ha sabido escapar a las trampas institucionales no hayan sabido eludir las trampas municipales, y ni siquiera hayan encontrado el camino de la alegría. Resulta que el «Paradiso» está perfectamente telecontrolado, que buena parte de esos jóvenes hippies que se pasan el pitillo de hashish son policías o sacerdotes de nuevo cuño. Sorprende su cansancio, su sueño, su falta de alegría a la altura de la falta de alegría de un ejecutivo amargado. Y maravilla la imaginación demostrada por el Poder al montar esta fabulosa reserva para los comanches de la civilización industrial, su capacidad de aturdirles y convertirlos en espectadores de su propio aburrimiento, de su propia marginación.

Casi cuatrocientos miembros de la burguesía ilustrada española habíamos caído sobre Amsterdam en vuelos desde Barcelona y Madrid. Una noche casi ocupamos el «Paradiso», y los islotes de «hippies» nos comunicaron la ilusión óptica de la participación. Pero yo volví al día siguiente y estaba rodeado por todas partes de reticencia visual, de feas durmientes del Paraíso, de trenes que se mordían la cola dentro de un túnel. Por si faltara algo para romper el escaso encantamiento del espectáculo, periódicamente pasaba ante «Paradiso» un coche patrulla de la Policía y se dedicaba a recoger a los vendedores de hashish evidentemente no arios. Detuvieron a negros y melasios: ni un rubio holandés melenudo y drogadicto o drogadito.

Pero te enteras de que la tolerancia de la Policía tiene no sólo su espacio, sino también su tiempo. Durante el verano soportan la invasión pacífica de los que consideran Amsterdam como una estación obligada en la ruta del Paraíso. Pero cuando llega el invierno, cuando se presiente la desesperación del frío y de la falta de vivienda, empiezan las «razzias», y la Policía pone en la frontera a los extranjeros que creyeron en la promesa libertaria de Amsterdam.

Ha surgido en Holanda una corriente crítica extrema bajo el signo del trotskismo y del maoísmo. Coincidió con un español bien informado de estas co-

sas y me confesó su decepción: **Ni éstos son trotskistas, ni maoístas, ni nada que se les parezca.** El español estaba decepcionado por los planteamientos críticos de la extrema izquierda holandesa. Tal vez no acababa de entender lo poco estimulante que es este país para hacerte de extrema izquierda por la vía de una comprensión intelectual de la dialéctica histórica. Pero al menos, la extrema izquierda holandesa ha llevado más allá el movimiento «provo», actualmente integrado en una profiláctica lucha contra la contaminación y en pro de la redención ecológica y tecnológica del hombre.

Lo que caracteriza la conciencia crítica de la nueva izquierda holandesa es la súbita lucidez que les ha asaltado ante la capacidad integradora de la sociedad en que viven. El Gobierno prefiere que los disconformes se le hagan «hippies», erotómanos o drogadictos que militantes regulares de organizaciones revolucionarias. Como sociedad permisiva que es no combate directamente los jóvenes movimientos revolucionarios, pero los rodea de inmotivación. He visto en Rotterdam cómo ejecutivos con bombín y portafolios James Bond se compran una publicación trotskista que le venden jóvenes cejijuntos, portaestandartes vivos de la verdad histórica. Y se la compran con un sentido del *fair play* político que puede permitirse un país en el que hace mucho tiempo que casi nunca pasa nada.

Aquí los contrastes graves los protagoniza el mundo de la inmigración. Protagonicé en La Haya durante mi primer viaje una trágica y españolísima secuencia de una posible película del señor Massó. Iba por el centro comercial de La Haya y oí hablar castellano a un par de hombres que caminaban ante mí. Les pregunté si sabían dónde se podía comer algo similar a cocina española. Me contestaron que si les acompañaba a un «recado» después podríamos ir a comer juntos. Eran dos obreros españoles. Uno, gallego; el otro, leonés. Uno, soltero; el otro, casado. El casado tiene la familia en León, y ya se ha comprado dos pisos allí; da estudios a sus hijas y ve a la familia cada dos años, por Navidad.

Cruzamos casi todo La Haya hasta llegar al objetivo de su larga marcha. Un cabaret. En el escaparate, las fotos de las atracciones a pecho descubierto, y en-

tre las atracciones, una paisana con medio pecho descubierto.

—Es la que está mejor —comentó el soltero.

Se miraron la foto de la paisana en un devoto examen silencioso y después volvimos a desandar el camino en busca del restaurante. Aquella compensación erótica-visual-patriótica era la única que se permitía el obrero casado:

—Quiero que mi señora se porte bien en León, y yo me porto bien aquí. Además, todo eso es muy caro y se me iría media paga en vicios.

Me dijeron que estaban bien. Que si en España ganaran lo mismo se volvían a España. Que si hubiera una guerra entre Holanda y España se ponían al lado de España. Que en España se puede vivir muy bien en casi todas las provincias menos en cuatro o cinco. Precisamente las de ellos.

Y ni siquiera era español el restaurante a donde me llevaron. Era griego.

Incomunicación

Durante mi primer viaje al excelente poeta, profesor y experto en pintura holandesa, Carrasquer, me invitó a que diera una charla sobre cultura española en la Universidad de Leyden. Carrasquer estaba traduciendo entonces a casi todos los poetas holandeses actuales, libro que ya se ha publicado en El Bardo. Di la conferencia consciente de lo imposible que era comunicar a aquellos estudiantes y profesores las características de una situación cultural atípica, ahistórica, irrepetible. No quería recurrir a la faena taurina habitual de convertir la excepción cultural e histórica española en un «typical» degustado por la mala conciencia europea. Quise implicar los problemas de la cultura española dentro de los problemas de la cultura de la burguesía, emparentarlos con el juego del equilibrio ecológico de la contrarrevolución mundial.

Pero tal vez fuera un vano empeño, y la actitud de mirón me ha acompañado en este segundo recorrido. He visto el Paraíso y el infierno de las «Luces Rojas». Bajo climas bien acondicionados, el paraíso y el infierno no sólo se complementan, sino que se justifican mutuamente. Como aquí se justifican mutuamente el capitalismo y el anarquismo, la agresividad de la Royal Dutch y la blandura del adolescente derrumbado sobre el suelo de «Paradiso». ■
M. V. M.